Orfebrería americana prehispánica *

Por Gratiniano Nieto

AL enfrentarnos con el estudio de la Historia de América debemos tener en cuenta los dos hechos fundamentales que presiden toda la actuación de los descubridores: el hecho religioso, de un lado, y el hecho económico de otro.

Para una comprensión total del problema americano han de considerarse los dos en conjunto, dando a cada uno el exacto valor que tuvieron, sin que en la valoración de los mismos puedan establecerse grandes diferencias, a no ser que, como en el caso que nos ocupa, la índole del tema tenga que desnivelar esta valoración, desnivel al que sólo se puede dar un valor circunstancial, apoyado, como digo, en el carácter del tema de que voy a ocuparme. Pero, para que no haya duda de qué es lo que pienso personalmente en estos aspectos, no haré sino recordar el hecho de que cuando Colón descubrió tierra, dando cima a su primer viaje, lo primero que hizo fue caer de rodillas y dar gracias al Supremo Hacedor, que acababa, sirviéndose de él, de mostrar a los demás cristianos una parte del mundo por El creado, que hasta entonces había permanecido desconocida, en la que había multitud de almas que ganar para su Reino.

Y esta idea de haber encontrado un horizonte mucho más amplio, en el que vivían gentes a las que había que enseñar la verdadera doctrina, esta idea mesiánica que Colón y los Reyes tuvieron cuando se lanzaron a la empresa descubridora, no puede quedar amenguada, aunque junto a ella muy pronto apareciera el afán de riquezas y el deseo de ganar para la Corona de España tierras llenas de fabulosos y legendarios tesoros.

Pero que no fue esto sólo, aunque a este aspecto tenga que referirme de modo especial esta tarde, la fuerza motriz de la conquista, la atestigüa el hecho de que Colón tomó posesión de las tierras descubiertas

* Discurso pronunciado en la Cátedra "Fernando el Católico", del Consejo Provincial del Movimiento, en la Facultad de Filosofía y Letras (el 17 de mayo de 1963).

en nombre de Dios; que sobre las nuevas tierras lo primero que hizo fue colocar la señal de la Cruz y, sobre todo, lo demuestra la preocupación que en estos aspectos tuvieron los Reyes, preocupación que les llevó a dictar aquellas Leyes de Indias tan llenas de humanidad y de profundo sentido cristiano, que permitieron que indígenas y descubridores se mezclaran y convivieran desde los primeros momentos, mezcla y convivencia que fueron fecundas y más efectivas que nunca lo han sido en cuantas colonizaciones posteriores se han dado.

A pesar de este aspecto espiritual que presidió la acción de los conquistadores, no hay que desconocer ni minimizar el aspecto económico. Y al referirnos a él tenemos que valorarle también en su dimensión exacta para poder deducir las consecuencias que tuvo. Con insistencia, a veces machacona y parcial, se ha puesto de manifiesto el papel destacado que el "mito del oro" jugó en el descubrimiento de América, y parangonándolo con el mito de Jasón y sus hazañas para conquistar el vellocino de oro, se ha llamado a los conquistadores de América "los Argonautas del siglo xvi", ya que reprodujeron el mito clásico y lo hicieron realidad e historia.

Con esta idea por guía, M. Ferrandis ha escrito que "era el mito del oro el que empujó a Colón a su magna empresa. En su imaginación brillaba un vellocino dorado infinitamente más rico que el que Jasón persiguiera en el bosquecillo de Colcos", y como Colón, los demás conquistadores se vieron impulsados por la misma atracción, si bien junto a ella, como ya he señalado, hay que poner otra serie de características que definen sus hazañas, entre las que cuentan, como principales, la religiosidad, el sacrificio y el especial sentido de servicio a la Corona. Ellas justifican que los conquistadores españoles no se dieran por satisfechos tras ninguna hazaña y que apenas terminada una expedición pensarán en otra, en la que muchas veces perdían el oro reunido en la primera, pues si es cierto que el mito del oro fue uno de los móviles del descubrimiento y conquista de las tierras descubiertas, no lo es menos que en los conquistadores había una sed de aventuras que, aunque llegados a ricos, les impelía a nuevas y arriesgadas empresas.

Con todo, el mito del oro hay que ponerlo como fuerza motriz e impulsora y aunque templado por el sello espiritual que los Reyes dieron al descubrimiento, su fuerza fue tanta que a él hay que achacar en parte tanta gloria como los argonautas del siglo xvi alcanzaron.

En este sentido nos ilustran con su prosa justa y precisa los historiadores y cronistas de Indias.

Es el P. Las Casas quien señala que Colón hizo analizar el primer metal amarillo que recogió en Haití, en donde recibía el nombre de "guanín", palabra a la que el Almirante no dio su acepción exacta: pues creía se trataba de una isla con mucho oro, cuando en realidad era una aleación de la que resulta un oro bajo, de color algo morado, el cual era muy estimado por los indios y al que distinguían por su color.

El uso del "guanín" estaba muy extendido en todos los pueblos del Caribe cuando llegaron los españoles, y la palabra hizo tal fortuna que se ha incorporado al *Diccionario de la Academia* con una doble acepción: como oro bajo o para significar joyas hechas con este metal.

De los primeros tiempos de la conquista hay muchas referencias a los "guanines". "El Cacique de Jamaica, dicen los documentos, traía al cuello unas joyas de alambre de una ysla que es en aquella comarca, que se llama guaní, que es muy fino, e tanto que parece oro de ocho quilates; hace de hechura de una flor de lis de tamaño como un plato".

Pedro Mártir se refiere a "guanines" donde hay águilas y leones, y para la obtención de "guanines" en tiempos de Colón no sólo se acudía a las transacciones, sino que se exploraron tumbas, de lo que Fernando, el hijo del Almirante, nos dejó buena referencia al relatar las hazañas del tercer viaje: "Los descubridores, dice, bajaron a tierra en la costa de los Mosquitos (Venezuela) y descubrieron sepulturas con las estatuas de aquellos que estaban enterrados y muchas joyas de Guanili". Y en una provisión real recogida por Navarrete, se dice que "Algunas personas se han entrometido en descubrir e sacar mineras de ciertos metales que se llaman guanines en las varias islas e Tierra firme e lo han traído e lo venden a los indios de la dicha Isla Española (Haití)". De lo que algunos investigadores deducen que "guanín" procedía de tierra firme y que por no darse el metal en las Antillas era allí tan apreciado.

Si después de los primeros contactos con el mundo recién descubierto nos adentramos en la lectura de la correspondencia de los conquistadores y de los cronistas de las conquistas de tierra firme, tendremos ocasión de encontrar más válidos argumentos que nos hablan de la mágica atracción que el mito y la realidad del oro ejercieron en los conquistadores.

Hernán Cortés, el conquistador de México, escribía a Carlos V que en Traxcabe "hay joyerías de oro y plata y piedras y otras joyas de plumaje tan bien concertado, como puede ver en todas las plazas y mercados del mundo". (Carta segunda de Hernán Cortés a Carlos V. (Abril 1522. Bib. A. A. Esp. T. XXII).

En otras cartas suyas al Emperador, el propio Hernán Cortés hace alusión a las diversas embajadas de Moctezuma y a las joyas que le enviaba con ellas. El gran conquistador dice a Carlos V que en su primer encuentro con Moctezuma, éste le ofreció dos collares, en los que figuraban "ocho camarones de oro de mucha perfección" y cuando le recibió en su palacio también le ofreció "muchas y diversas joyas de oro y plata", y al descubrir la ciudad de Tenóchtitlán decía Cortés que también allí se vendían "joyas de oro y plata, de plomo, de latón, de cobre, de estaño, de piedras, de conchas, de caracoles y de plumas", y refiriéndose a la calidad de las joyas de Moctezuma, escribía que eran de admirar las piezas "contrahechas de oro y plata y piedras y plumas, todas las cosas que debajo del cielo hay en su señorío, tan al natural lo de oro y plata, que no hay platero en el mundo que mejor lo hiciese".

De que la impresión que las joyas mexicanas hicieran en Hernán Cortés no carecía de fundamento, lo corrobora la lectura de los historiadores de Indias, especialmente Francisco López de Gomara (*Hispania Victrix...*, Bib. A. A. Esp., T. XXII, p. 340), Bernal Díaz del Castillo y, sobre todo, Francisco Cervantes de Salazar, quien en su *Crónica de Nueva España*, al describir la vajilla que poseía Moctezuma, escribía que era “de oro y plata, de diversas figuras de animales y frutas” y más adelante, refiriéndose a las obras de orfebrería que hacían los indígenas, consignó que “al mercado se traía... las obras de oro y plata, unas fundidas y otras labradas de piedras, con tan gran primor y sutileza que muchas dellas han puesto en admiración a los muy doctos plateros de España, tanto que nunca pudieron entender cómo se habrían labrado, porque ni vieron golpe de martillo ni rastro de cincel ni de otro instrumento de que ellos usan, de los cuales carecen los indios”, y entre los objetos que más admiración le causaron de los hechos por los orfebres indígenas alude a “figuras de papagayos que movían la lengua y accionaban la cabeza y las alas; a una mona que jugaba pies y manos y tenía en la mano un uso, que parecía que hilaba o una manzana que parecía que comía”.

Análoga perfección que las piezas citadas se deduce que debieron alcanzar las que Hernán Cortés envió a Carlos V por el quinto que correspondía a la Corona. En el largo inventario que se conserva en el Archivo de Indias figuran una serie de piezas entre las que se incluyen “dos collares de oro y pedrería, que el uno de ellos tiene ocho hilos y en ellos doscientas treynta y dos piedras coloradas y ciento y sesenta y tres verdes y cuelgan del dicho collar por la orladura de veyntisiete caxcabeles de oro y en medio dellos ay quatro figuras de piedras grandes engastadas en oro y en medio del uno cuelgan syete pinjantes sencillos y en uno quatro hilos que tienen ciento e dos piedras coloradas e ciento e sesenta e dos piedras que parecen en el color verde e a la redonda de las dichas piedras veynte y seis caxcabeles de oro y en el dicho collar diez piedras grandes engastadas en oro del que cuelgan ciento e quarenta e dos pinjantes de oro”.

También figura en el mismo inventario “una rueda de oro grande con una figura de monstruo en medio y labrada toda de follajes... dos ánaes hechos de hilo e plumajes e tienen los cañones de las alas y las colas de oro y las uñas de los pies e ojos y cabos de los picos fuentes en sendas cañas cubiertas de oro y abaxo unas pellas de plumajes la una blanca y la otra amarilla con cierta argentería de oro entre las plumas y de cada una dellas cuelgan siete ramales de pluma”.

Si importantes fueron las joyas que Moctezuma entregó a Hernán Cortés, no lo fueron menos las que Atahualpa entregó por su rescate a Pizarro. De ellas nos dejó referencia el secretario del conquistador, Francisco de Jerez. En su *Verdadera relación de la conquista del Perú y provincia del Cuzco, llamada Nueva Castilla*, dice que con el oro que

se llevó a Cajamarca del Cuzco se llevaron algunas pajas de oro macizo con su espiga en un extremo, como nace en el campo. "Si se hubieran de contar, dice, la diversidad de las piezas de oro que se trajeron, sería para nunca acabar. Pieza hubo de asiento que pesó ocho arrobas de oro, y otras fuentes grandes con sus cañas corriendo agua en un lago hecho en la misma fuente, donde hay muchas aves hechas de diversas maneras, y hombres sacando agua de la fuente, todo hecho de oro."

Otros cronistas ensalzan igualmente la perfección técnica a que llegaron los artistas peruanos, lo que justifica en parte otro de los mitos que movieron a los conquistadores del Perú: es el mito de El Dorado, fuente de tantas ilusiones y de tantas empresas fracasadas.

El mito de El Dorado viene a ser la concreción de todas las leyendas que en torno a las riquezas fabulosas de América impresionaron la ilusión de los conquistadores. Como todos los mitos, arranca sin duda de un hecho real que, a lo largo de los tiempos, se va desdibujando hasta llegar a alcanzar categoría legendaria. A la llegada de los españoles se conservaba el recuerdo de que el Príncipe andaba constantemente con su cuerpo cubierto de oro molido, tan menudo como sal, y que vestido de esta guisa hacía periódicas ofrendas a los dioses en el centro de la laguna de Guatavita. Estas costumbres debieron estar ya perdidas a la llegada de los españoles, pero debieron ser ellas el fundamento de que se hablara en primer lugar del "Hombre dorado", recuerdo que luego se identificó con el del "país del oro", para acabar transformándose en el mito de "El Dorado", zona repleta de oro, que se situaba entre el Perú y Venezuela, en las cuencas del Amazonas y Orinoco, en una zona virgen e inaccesible que había que buscar a toda costa, y en cuya búsqueda se deshicieron tantas vidas y se desvanecieron tantas ilusiones que corrieran en pos de aquel mito tan lleno de atracción.

Pero nunca mejor que ahora puede decirse que "no es oro todo lo que reluce", y ya desde los primeros momentos de la conquista no faltaron mentes esclarecidas que se dieran cuenta de cuánto mal estaba haciendo la fuerza mágica que del oro y de los mitos con él relacionados trasciende.

Es en Fernández de Oviedo, el primer historiador de las Indias, en el que encontramos una primera llamada de atención frente al espejismo del oro.

"¡Oh, maldito oro!, escribe, ¡oh, tesoros y ganancias de tanto peligro!, hacedme ahora saber los que habéis leído, si oisteis o supisteis de otra gente tan desdichada, ni tan trabajada, ni tan mal aconsejada. Buscad esa peregrinación de Ulises, o esa navegación de Jasón, o los trabajos de Hércules, que todo eso son ficciones y metáforas que entendidas como se han de entender, ni hallaréis de qué maravillaros ni son comparación con los trabajos de estos pecadores que tan infeliz camino y fin hicieron"; y ciertamente que al estudiar la Historia de la Conquista se ve la heroi-

cidad constante a que aquellas gentes se vieron forzadas a fin de tratar de conseguir ver convertidos en realidad aquellos dorados mitos.

Después de haber visto la fascinación que el noble metal ejerció en los conquistadores, vamos a pasar a ver cómo efectivamente las narraciones de los historiadores de Indias estaban apoyadas en una auténtica realidad.

No voy a detenerme a hacer un estudio exhaustivo de la orfebrería prehispánica en América, en razón a que después de haber dado el tema de esta conferencia, sugerido por la fascinante exposición de *El Oro del Perú*, recientemente celebrada en Madrid, he sabido que hace unos años, en esta misma cátedra, mi querido compañero don José Tudela se ha ocupado de análogo tema. Ello me libera de referirme a muchos pormenores ya tratados por él y, en cambio, podré referirme más minuciosamente a aspectos de la orfebrería prehispánica, que he tenido ocasión de estudiar en la exposición *El Oro del Perú*, a que antes me he referido y en la que sobre el arte de Colombia se celebró, pocos meses antes, también en Madrid; con todo, será necesario partir de algunas referencias de carácter general que nos centren el tema fundamental de esta charla, el que, por otra parte, está todavía lejos de que pueda presentarse como esquema terminado; antes al contrario, tenemos que reconocer que el estudio de la orfebrería prehispánica, a pesar de las importantes aportaciones que en los últimos años se han hecho, está elaborándose todavía, y si es cierto que hoy la conocemos mucho mejor que hace veinte años, no lo es menos que esperamos todavía importantes sorpresas, si bien tenemos ya base para formarnos una idea bastante exacta de su evolución.

Por los recientes trabajos de Rivet, Arsendaux, Restrepo Tirado, Porras Barrenechea y Pérez de Barradas podemos llegar a interesantes conclusiones de carácter general y a conocer interesantes pormenores de las características particulares que la orfebrería presenta en las distintas regiones de América.

A base de estos estudios podemos afirmar que, salvo en limitadas zonas del continente americano, fue conocido el trabajo de los metales antes de la llegada de los españoles, si bien en las zonas en las que fue conocido el beneficio del metal llegaron a alcanzar un alto grado de desarrollo las técnicas utilizadas en su elaboración: el martillado, el hilado, la soldadura autógena, las aleaciones en sus diversas gamas, el dorado y plateado, el repujado, el recortado, la fundición a la cera perdida y todas las complejas manipulaciones que el trabajo de los más finos metales requiere, puede decirse que no tuvieron secretos para los aborígenes americanos que habitaban las diferentes zonas en las que la orfebrería era trabajada y, aunque no en todas llegaron a alcanzar el mismo grado de desarrollo, estudiadas todas en conjunto se llega a la conclusión que acabo de exponer en cuanto al dominio de las técnicas.

Pero si en el dominio de las técnicas llegaron a alcanzar un grado

de desarrollo destacado, no aconteció otro tanto en cuanto a la creación artística se refiere, y así, contempladas en conjunto las creaciones de la orfebrería prehispánica, saltan pronto a la vista una serie de limitaciones formales que no llegaron a superar, y si exceptuamos algunas representaciones animalísticas, que nos ofrecen un grado de perfección poco común, en todas las demás echamos en falta la existencia de un espíritu creador capaz de vivificar con el soplo de la inspiración aquellas manufacturas, que, si técnicamente son perfectas, distan mucho de ser bellas, *per se*, no digamos si como módulo partimos del concepto de belleza que nosotros poseemos, lo que, aunque no sea válido, es expresivo, sin embargo, de las limitaciones señaladas.

El estudio de conjunto de la orfebrería prehispánica ha permitido a Rivet establecer el mapa de su desarrollo y sobre él ha fijado una serie de caracteres comunes que le han permitido, siquiera sea provisionalmente, establecer las tres grandes zonas metalúrgicas siguientes:

América del Norte: que presenta como nota diferencial el que en ella únicamente se trabajó el cobre nativo, sin fundir, mediante el procedimiento del martillado con percutor de piedra o de madera.

A México se le considera como una zona marginal, de la que vamos a delimitar a continuación. En México, además del oro y del cobre, trabajaron, si bien muy esporádicamente, la plata, y en su orfebrería pueden apreciarse características locales muy acusadas que, de momento, permiten reconocer los estilos maya, tolteca, zapoteca y azteca.

La segunda zona, de la que, como he dicho, México es un apéndice, abarca toda la superficie que se extiende al Norte del Amazonas: Colombia, Venezuela, América Central, las Guayanas, las Antillas y zona Sur de Florida.

En esta zona los metales utilizados fueron el oro y el cobre; por lo demás, hay en ella muchos estilos y variantes locales, entre los que destacan los estilos chiriquí y coclé, que se desarrollaron en Nicaragua, Costa Rica y Panamá, y los que se desarrollaron en Colombia, en donde Pérez de Barradas ha señalado hasta siete estilos diferentes, a los que denomina colima, quimbaya, darien, sinú, tairona, murca y tolima.

Por último, la zona tercera comprende el Perú, fabuloso y legendario por sus minas de plata del Potosí y por la leyenda de El Dorado. Es seguramente la zona mejor conocida en los aspectos que nos interesan y la que nos ofrece una secuencia cultural más orgánica, la cual podemos seguir a través del horizonte de Chavinoide, que se inicia en el 700 antes de Cristo y llega hasta el siglo II de la Era Cristiana. Durante él se desarrollan las *facies* culturales de Chavín y Paracas, caracterizadas por el empleo exclusivo del oro. A este horizonte se superponen una serie de culturas locales como la mochica y la nazca, que se desarrollan entre el siglo II y el X de Jesucristo. Con la cultura de Tihuanaco, IX-XIII, el bronce hace su aparición en el Perú y su uso se prolonga a través de la

cultura chimú, siglos XI-XIV, y de la cultura inca, siglos XIV-XV, que fue con la que se encontraron los conquistadores.

Del estudio de las diferentes *facies* culturales que se desarrollaron en el Perú podemos deducir que los aborígenes peruanos conocieron y trabajaron el oro, la plata, el cobre, el estaño y el platino. Y fue el conocimiento de las propiedades sobresalientes que tenía el metal obtenido, mediante la aleación del cobre y del estaño lo que dio, sin duda, a los incas la superioridad que obtuvieron, y ello explica también la rapidez con que llegaron a establecer su vasto imperio.

(A continuación expuso el conferenciante y comentó un selecto lote de diapositivas).